

E

n esta edición se podría hacer una selección de los artículos y marcar una diferencia: ver cómo unos estudian los fenómenos de la difusión de tecnologías, de la digitalización y de los contenidos de la internet; y en cambio, otros son de análisis histórico, social y político.

Otra manera de presentar estos artículos es hacer una descripción somera de cada uno, y de cierta manera observarlos aislados, y entenderlos como unidades coherentes, completas.

Empero, si se hace una lectura continua de todos los textos, si se detiene el lector en las hipótesis y en las conclusiones de los autores, si se repasa entrelíneas, se pueden establecer conexiones, hacer otras interpretaciones. Por una parte habría propuestas epistemológicas, cuando se lee sobre los retos que impone la comprensión y elaboración de una taxonomía o en los análisis de los contenidos de “la red de redes”; pero desde otro ángulo, aparecen afirmaciones que demandan reflexiones, preguntas y hasta marcan un sesgo, una fisura, una posición.

Es muy propio de un trabajo histórico, como el de *Información y televisiva y crisis social*, encontrar aseveraciones como “la objetividad es un artificio”, y “los acontecimientos son discursividades creadas”; si se sigue con *El escándalo, como construcción social y política*, es obvio que se encontrarán denuncias y se abordará una disertación sobre “las tonalidades de la corrupción”, “los niveles de escándalo” y de “escandalización”; más adelante, en otro discurso se relacionará directamente la publicidad con la violencia, se dejará claro que la publicidad no necesariamente denota ejercicio democrático, y se hará énfasis en el concepto de violencia como una construcción cultural. Es bien interesante, en este caso, tener en cuenta que se habla de “lo relativo”, “la relatividad en la cultura”; esto perfectamente casa con la ambigüedad a la que se refiere *el escándalo* y precisamente esto mismo servirá para comprender mejor y para obtener una nueva dimensión, cuando en *la Propuesta taxonómica* se ocupan de la facilidad, la flexibilidad, de la propensión al cambio que es propia de los contenidos de la internet.

Aparentemente, aquí ya se entraría en el otro bloque de artículos, el de la digitalización, el de las nuevas tecnologías, el que no necesariamente se compromete ni con lo social ni con lo político.

En principio, hay una discusión relevante entre centrar la atención en los contenidos como tales, en los tipos de contenidos, o en la relación que se crea entre los individuos y los contenidos. Unos autores enfocan los contenidos por sí mismos, tratan *el análisis cualitativo*, aunque también insistan en que este análisis debe ser ‘contextualizado’; en cambio, otros resaltan que lo definitivo es “la dinámica que los sujetos gestores crean en esos nuevos medios, por encima de cuáles sean los medios” y, valga decir, cuáles sean los contenidos. De aquí en adelante es imperativo tener en cuenta las condiciones

socio-económicas y políticas que determinan los accesos a los servicios, las circunstancias en que *se liga Internet con los medios de comunicación convencionales*, las posibilidades y las limitaciones de los ciudadanos, países y bloques económicos y, en resumidas cuentas, la competitividad dentro de la globalización. Se manifiesta que *Internet tiene una naturaleza libertaria*, pero esta característica contrasta con los usos de la libertad, con la garantía de las libertades individuales y, en cierto sentido, con otros parámetros para medir el desarrollo, como de los que habla el premio Nobel de Economía, Amartya Sen. Por lo demás, también la cuestión se desborda, porque más allá de observar los medios y las condiciones socio-económicas, hay que preocuparse por los criterios que los usuarios requieren no sólo para detectar sino para escoger y discernir sobre los contenidos; y esto supone un debate ético.

También, si tenemos en cuenta la reseña sobre cultura urbana y la vinculamos con los artículos, constatamos que el autor habla desde la semiótica, pero hace referencia a “seguridad, ciudad digital, percepción de sus centros históricos, movilidad y consumo cultural.” Silva dice que “América Latina no existe... como unidad o como encuentro de algunas semejanzas forzadas. Se trata mejor de muchas maneras de ser que nos unen.” También, se podría agregar, “maneras de ser” que nos confrontan, que nos enfrentan, que se asumen como conflicto y que crean tensiones insoportables. Entonces volvemos a repasar otro de los textos primeros, en el cual se relacionan lo simbólico y la violencia. Es otro trabajo pendiente, el de ver los signos y los códigos que subyacen en la política y en los dramas humanos de nuestras ciudades y campos, de nuestras regiones y países.

Por último, en consonancia con lo dicho al comienzo, con las conexiones entre unos y otros de los textos presentados para esta edición de Escribanía, se puede resaltar que aun cuando se tratan los asuntos más técnicos, como el de *el cambio de sistemas análogos a digitales*, en el servicio de la televisión, necesariamente hay señalamientos de tipo político, cuando se afirma: “los norteamericanos proyectan la creación de un sistema estándar, para que los que vengan después se construyan a su imagen y semejanza.” Así mismo, en una producción densa, teórica, y más de corte epistemológico, también se concluye: “las multinacionales mediáticas y de telecomunicaciones han aumentado su interés, presencia, y han concentrado su poder, en un férreo control sobre los contenidos.”

Señores lectores, nuestro empeño principal es la presentación de un producto académico de calidad, una labor de edición. Sin embargo, no es posible sólo quedarse en los aspectos formales, sintácticos. Hay que decirlo, realmente es apasionante poder atisbar nuevas lecturas, hacerse otras preguntas y desatar debates; de otra manera la Revista se volvería estéril. Agradecemos su cercanía crítica, su resonancia, y esperamos seguir insistiendo en la cultura de la literalidad, en la investigación y desde esta orilla, también en la transformación de lo social, de las condiciones económicas y en el fortalecimiento de lo público.

La academia de
la comunicación
en el Eje Cafetero